Una novela de rugby

NOVELA

"Canvi de peu"

Jordi Homs

LLIBRES DE L'ÍNDEX • 284 PÁGINAS • 16,60 EUROS

JULIÀ GUILLAMON

Este es un libro raro, de esos que circulan poco. Me lo recomendó el periodista Carles Marquès. Su autor, Jordi Homs, es también periodista, trabaja en el gabinete de prensa de la Universitat de Barcelona. Ha jugado en la UE Santboiana y en el Club Natació Poble Nou, en la selección catalana y en diversos combinados de invitación. "Canvi de peu" es una novela de rugby.

Con una trama sencilla, bien dibujada, eficaz. La Universidad ha decidido desvincularse del equipo. Casi al mismo tiempo, un empresario, Masó, llega con una propuesta de patrocinio. El litoral catalán entre Barcelona y Sitges se convertirá en una zona residencial de lujo. Castelldefels es el laboratorio donde se experimentan las soluciones políticas y urbanísticas que más tarde se aplicarán en Cornellà, Esplugues o Sant Boi. Masó quiere que el ascenso del Campus a División de Honor sea un estandarte. Un "canvi de peu" es la finta que realizan los jugadores, cambiando la dirección de la carrera para evitar el choque. Aquí simboliza el esfuerzo de los protagonistas para eludir el final de una manera de entender el deporte y la vida. En sus orígenes, el rugby representaba una manera de ver el mundo: valor hasta la temeridad, afán de sacrificio, humildad solidaria y respeto absoluto por el contrario. Homs describe la entrada de nuevos modelos de gestión, el profesionalismo, los "cracks", el marketing, el espectáculo.

La historia es totalmente verosímil. A diferencia de lo que sucede en muchas novelas catalanas, los periodistas son de verdad. Masó es un aprovechado, pero no un rufián de opereta. El candidato de derechas –y el de izquierdas– se mueve por intereses lógicos. La reunión en el despacho del rector y la respuesta de Hèctor están al día ("Què més m'ha de dir, rector? Que els seus estudis han demostrat que seríem una font d'ingressos si ens transformèssim en un equip de futbol americà?"). Ni la muerte de uno de los pilares, en un enfrentamiento con los skins, parece un añadido.

La descripción del grupo humano es uno de los puntos fuertes de la novela. Alain Fabre, el rosellonés (qué buena la descripción del viaje a Perpinyà para ver jugar a la USAP, el estadio Aimé Giral abarrotado con la charanga que toca "La Santa Espina" y "Paquito el chocolatero"); los australianos Mitch y Matt, contratados por Masó para imponerse en la touche y trinchar melés; el aristócrata Arnau Montcada, el "payés" Joan Sánchez, el rapsoda, el inglés, el madrileño. Y, sobre todo, las dos figuras del equipo. Pol Ferran ha dedicado quince años a jugar al rugby en un país donde el rugby no es nada, se siente defraudado, en bancarrota. Hèctor Fortuny es la pasión pura que se enfrenta a todo, surge con un cambio de pie fulgurante y corre como una exhalación para lograr el último ensayo.

La novela combina escenas a medio camino entre la épica antigua y el "Rollerball" de los setenta, broncas nocturnas, paellas en Gavà. Una gira por Escocia permite un retorno a lo esencial, la sensación de dominio sobre el instinto y la brutalidad exacerbada. Avance, apoyo, continuidad y presión: los cuatro mandamientos del rugby.

Desde "La media distancia" de Alejandro Gándara no había leído una novela deportiva tan competente. Qué agradable sorpresa.●



EFE

Un touch del equipo de rugby de la UE Santboiana

LAS CLAVES

► **EL AUTOR.** Jordi Homs (Palamós, 1966) es periodista y jugador de rugby en las filas del Etseib, la Santboiana i el Club Natació Poble Nou, entidad que actualmente preside. "Canvi de peu" es su primera novela.

► **LA OBRA.** El equipo de rugby de Castelldefels, Campus, se enfrenta a la disyuntiva de desaparecer o profesionalizarse, siguiendo los designios de políticos y empresarios. Al final, se impone la pasión por el rugby.

SIN FILTRO

LA RAZÓN NIHILISTA

La tesis de Glucksmann según la cual es el nihilismo lo que se manifiesta en los ataques contra Occidente parece, cuando menos, extravagante. Pero tiene una virtud: convoca la noción de "nihilismo", del que Nietzsche dijo que es "el más inquietante de todos los huéspedes", a un debate en el que no debía estar ausente. Una vez convocado, tal vez resulta más esclarecedor olvidarse de un "Dostoievsky en Manhattan" que parece oscurecer lo que pretende poner en claro para, tras desplazarse de escenario y de protagonistas, hablar precisamente de "Nietzsche en Washington".

Las virtualidades teóricas de situar a Nietzsche en Washington son innumerables. Demasiadas para tratarlas en profundidad en un breve artículo. En cualquier caso, tal vez vale la pena enumerar algunas. Hablar de Nietzsche en Washington sirve para discurrir sobre quienes, asumiendo implícitamente los contenidos de la invitación de Nietzsche al nihilismo activo, sitúan la voluntad de poder como medida de todas las cosas. Sirve también para reflexionar sobre quienes, estableciendo el aumento de la propia fuerza como criterio moral y de verdad, desprecian ostentosamente como signo de decadencia y moral del resentimiento toda mención de los derechos civiles. Y podría servir también, si nos movemos de Nietzsche a cierto nietzscheanismo, para entender la lógica nihilista de un aparato tecnológico que, liberándose del imperativo de organizar los medios en función de "viejos" fines ideológicos, se pone al servicio de su propia voluntad de poder y pasa a tener como finalidad suprema la de incrementar indefinidamente la propia capacidad de realizar fines.

JOSEP MARIA RUIZ SIMON

A REMO

Verdaguer y Comadira

Ambos comparten lo principal, un extraordinario y raro talento para la composición poética, además de la máxima autoexigencia. De Verdaguer se cumple el centenario de la muerte. Comadira celebra su sexagésimo aniversario, en plena madurez intelectual y creativa, con nuevo libro. Las distancias, no sólo en el tiempo, son cósmicas. Verdaguer fundaba o daba sentido a un movimiento de recuperación colectiva, mientras Comadira, sin confianza en su sociedad y en el contexto occidental que la circunscribe, es un desilusionado. Verdaguer fue un poeta rebelde y popular. Comadira, indagador y reflexivo, se dirige a una minoría de lectores, formados, escépticos, dubitativos pero no derrotados, con la intención de compartir sólo con ellos su poesía. Verdaguer fue todo un carácter, con una notable y sincera vena franciscana que no le impidió enfrentarse con resolución y orgullo a los poderes de su tiempo, en una especie de autoconstrucción heroica y paranoide. Comadira, mejor conocedor de sus límites y fuerzas, está lejos de creerse un gigante, de engolar la voz, es un antihéroe. No tiene otra causa que la edificación de una obra que se sostenga sobre un yo literario muy cercano a su yo personal: indagar e indagarse, prescindiendo del habitual juego de máscaras. Verdaguer, víctima propiciatoria que acusa a sus verdugos después de ponerles en el disparadero que les lleva a apedrearle, se inmola. Todo en él, hasta la compasión, es incendio. En Comadira, no deja de haber brasa, milimetrada, sometida a los tonos de su propia lucidez.



ÀLEX GARCIA

El poeta Narcís Comadira

Leer a Verdaguer es imprescindible sólo para aquellos que ansían saber cómo funciona por dentro el catalán, en manos del mayor forjador que ha tenido entre Ausiàs March y Carner. Es un caso parecido al de Ruyra, cuya maestría de escritor va mucho más allá del contenido y la temática de sus escritos, irreversiblemente anodinos. A favor de Verdaguer está, además, el indudable interés que despierta la apasionada y calculadora soberbia del personaje. Es de agradecer el trabajo impecable de los filólogos Ricard Torrents, Narcís Garolera e Isidor Cónsul. Gracias a ellos más que a otros, Verdaguer no es un desconocido. Creo no andar equivocado al afirmar que es el único escritor catalán que tiene un pedazo de biografía. Atención a la que está redactando el iconoclasta Miquel de Palol.

Ambos comparten lo principal, un raro talento para la composición poética, además de la máxima autoexigencia

No poseyendo más biografía que su propio recorrido intelectual, Comadira cuenta con una enorme ventaja. Si la obra de Verdaguer se resiente muchísimo de ser contemporáneo de Mallarmé y no haberse enterado, a Comadira nadie podrá decirle que le falta conocimiento y cuestionamiento estético. Al contrario, el viaje en carruaje estético es el tema de su obra. Un viaje áspero por lo desolador del panorama. Y por ello más exigente con el itinerario y el bagaje. Sólo la lucidez embellece la mirada. En su caso, una austera y desconfiada lucidez. No hay duda de que a Comadira le importa esta sensación tan ardua de labrarse que llamamos, en minúsculas, felicidad.

Leer a Verdaguer es una agridulce asignatura. La épica es soberbia, pero está fuera de época. Leer a Comadira es un consuelo. Casi una guía, ¿para un final de etapa final? En ambos compensa el gozo del lector ante la capacidad artística, la combinatoria, la claridad del sentido subyacente, la emoción de la lengua en manos de sus mejores orfebres. La lengua. He aquí el fundamento y el misterio. La lengua sí que la comparten. Esa lengua patria que Verdaguer inauguró y Comadira es el último en habitar, que Verdaguer vitalizó con una fe total, y Comadira cultiva como un monje pero con una total falta de fe. Para el catalán, hay un antes de Verdaguer y un después de Comadira. Ay de quien no observe las desventajas del presente. Ay también de quien, después del paréntesis que cierra Comadira, pretenda seguir habitando el idioma, considerándolo en sí mismo en vez de considerar a través del mismo.

XAVIER BRU DE SALA